Dosier

La transición en Navarra: algunos -ismos imprescindibles

Fotografía: Mikel Alonso *(La calle es nuestra. La Transición en el País Vasco (1973-1982)*

Presentación del dosier

Emilio Majuelo Gil
(Universidad Pública de Navarra - Nafarroako Unibertsitate Publikoa)

Existe una ley efectiva, aunque no escrita, que demanda la revisión generacional del pasado. Es la constatación evidente, cada cierto tiempo, de que cada nueva hornada de historiadoras e historiadores se ve impelida a retornar a lo hasta entonces establecido en el conocimiento histórico para confrontarlo, profundizarlo o revisarlo. Entre idas y venidas, relecturas y revisiones, lo cierto es que ese ha sido el modo habitual que ha experimentado el desarrollo historiográfico desde hace más de doscientos años. Y es también el caso de nuestra historia de hace medio siglo, de aquellos años 1970 que fueron escenario de experiencias y vivencias extraordinarias, marcadas en el círculo de un compás que incluyó el inicio del juicio de Burgos y el inminente cambio en la política española tras una larga transición. La punta de ese compás, obvio, quedaba fijada al momento de la desaparición física del dictador general Franco en 1975.

Sobre la abundancia de procesos, movimientos, crisis, que permanecen en el seno de esas marcas cronológicas, aparecieron inmediatamente numerosos títulos en el mercado editorial. Los hubo de todo tipo y calidad; la autoría, así como su iniciativa, fueron de lo más diversas, y a ella se sumaron periodistas, escritores, novelistas, sociólogos, economistas, politólogos y, algo después, algún historiador. La transición se había convertido en un objeto de estudio para los científicos sociales, ensayistas y escritores diversos.

La riqueza de las experiencias sociales fue tan grande entonces como numerosa su ampliación temática durante los años siguientes, así que con el correr del tiempo esa exuberancia llamó a las puertas de Clío y cada vez más fueron los historiadores los que se adentraron en el análisis del periodo. La bibliografía y literatura histórica sobre el final del franquismo y la transición a partir de los 1990 resultó oceánica y prácticamente inabarcable incluso para los especialistas en ese periodo de cambios. Y, sin embargo, no quedó todo dicho ni tampoco quedaron asentadas interpretaciones satisfactorias de larga duración. No hay sino entrar en el nuevo milenio para constatar cómo muchos de aquellos temas, como también ha ocurrido con los años de la década de 1930, volvieron de nuevo a ser analizados y una vez más reinterpretados.

A la vista estaba que, aunque se había avanzado mucho, había que volver a dedicar esfuerzos de explicación de la transición española a la monarquía constitucional, cada vez más considerada con minúscula y sin el aura sacralizada con la que había sido frecuentemente tratada en los primeros análisis sociológicos y politológicos en el siglo pasado. Nuevas voces, nuevos temas, nuevas y nuevos investigadores retomaron el ritmo del estudio de esa historia acaecida hace medio siglo.

Ha habido, a la hora de valorar aquella historiografía española, quien ha insistido en una especie de deriva, visible desde la década de 1980, que se estaría produciendo en la producción histórica, estimulada al hilo de conmemoraciones, aniversarios, incentivos institucionales autonómicos, etc., centrada, principalmente, en la historia local y regional. Aquello se veía –y se puede leer aún en opiniones doctas– como un desdoro hacia temáticas más nobles (entendamos generales, de ámbito español), cuando no como un acto de despilfarro de dinero público dedicado a congresos dedicados a la mayor gloria de la comunidad autónoma correspondiente y a la consecuente edición de títulos que poco parecían aportar a la historia general y con logros científicos de escaso rigor.

Esa valoración que corresponde a estereotipos historiográficos de tiempos pasados casa mal con la ausencia de matices en la historiografía general española al uso. Y esto es lo que los especialistas noveles en la investigación de la época predemocrática y posfranquista desmienten repetidamente con sus trabajos. Cuando se constata que, en procesos tan importantes como el de la transición española tras la muerte de Franco, no hay rastro de particularidades de ámbito territorial, ni cuestionamiento de las tesis generales sostenidas en las obras generales editadas desde los años ochenta del siglo pasado sobre la historia política española, lo que se echa en falta es, precisamente, la coloración de esa problemática general desde los enfoques centrados en otros marcos espaciales como las nacionalidades, regiones o los centros urbanos. Una forma fructífera de profundizar en la historia general es precisamente la que indaga por las características que, fuera de los ámbitos axiales de decisión política, adoptó todo un proceso socio político multiforme. Conocido es que París fue la capital de la gran revolución en Francia y que lo siguió siendo durante el siglo XIX, pero a nadie se le oculta que hubo un amplio proceso revolucionario en la Francia rural desde 1789 que no puede subsumirse en los grandes hitos acaecidos en aquella ciudad francesa. Algo parecido sucede, en el caso que nos ocupa, con la importancia de los cambios que se advierten en los diferentes territorios del estado español, que tampoco debieran ser analizados desde la óptica exclusiva del centro político capitalino en el decaer del régimen franquista y el periodo de la transición. De cualquier manera, nuevas versiones más compactas de la historia general deben ser sostenidas o revisadas a partir de la casuística, características y perfiles que provendrán de lo resultante en otros marcos espaciales que necesitan ser todavía mejor conocidos e investigados.

En el caso vasco, y particularmente en lo que hace referencia al territorio navarro, fueron publicándose monografías sobre símbolos provinciales, procesos electorales y desarrollo político, la historia del movimiento obrero o el nuevo régimen foral, que pusieron algunos peldaños para adentrarnos en lo ocurrido desde 1975. Quedan, sin embargo, por desentrañar muchos temas importantes. Conforme algunos de ellos se van poco a poco conociendo, van colocándose teselas diversas en el gran mosaico de la historia vasca, premisa de que ésta sea tenida en cuenta en la futura historiografía española.

Quizás es prematuro adelantar lo que algunas de las investigaciones a punto de finalizar o todavía en periodo de gestación aportarán a una mejor comprensión de la historia general del final del franquismo y de la transición; si serán tan novedosas como para modificar determinados aspectos de la historia del periodo o si vendrán a corroborar las líneas generales interpretativas de la transición española tal y como se ha venido entendiendo a lo largo de las pasadas décadas. Pero su virtualidad está fuera de toda duda pues además de ser una línea de investigación fructífera es totalmente necesaria.

A esa ampliación o profundización de los temas conocidos de la historia reciente de Navarra, (que en su momento abordaron entre otros, Iriarte Areso, Ramírez Sádaba, Gortari, Baraibar, García Sanz, Pérez Ibarrola o Sáinz Pascual), habrá que añadir los que diversos jóvenes autores expusieron en el seminario celebrado en la UPNA en el otoño del 2019, bajo la denominación «La transición en Navarra algunos -ismos imprescindibles». En este número de la revista del Instituto de Historia Gerónimo de Uztariz se recogen las aportaciones de algunos de los siete investigadores participantes en aquel evento. Su lectura detallada muestra cómo los resultados de la Navarra electoral entre 1976-1979 ofrecían una variedad geográfica territorial manifiesta, que anima a seguir por esa vía de análisis político electoral para ilustrar comportamientos sociopolíticos comarcales (Azpilikueta). Cómo la variabilidad política del Partido Socialista Vasco, al que en aquellos años pertenecían los socialistas navarros, muestra las diversas interpretaciones sobre el momento político que entonces convivían entre los socialistas en Navarra, hasta configurarse en una interpretación monocolor que llevaría a ese partido a la toma de decisiones de calado desde principios de los 1980 en materia ideológica, autonómica y político social (Bueno). Muy sugerente es el acercamiento a la interpretación del pasado vasco durante aquellos años a partir de criterios de la antropología política; permiten reubicar, según criterios de poder previamente configurados, los debates sobre el «relato» del pasado violento desde el campo previo de relaciones de fuerza desde donde se construyen (Sagardoy). Por último, la consideración de la huelga general de Vitoria-Gasteiz de marzo de 1976, como elemento de cambio político y de una idea asamblearia de la democracia, ahonda en la vertiente, hasta hace poco no muy trabajada, de una visión social de la transición, que va teniendo

cada vez más una presencia notable en las interpretaciones generales del periodo (Martínez Larrea).

Esta dirección de carácter local-regional-nacional de las investigaciones va a mostrar al menos dos cosas. En primer lugar, su virtualidad como generadora de investigaciones de calado con valor en sí mismas. En segundo, la necesidad apremiante de seguir en esa vía si se quiere poner a prueba, mejorar o superar las interpretaciones que la historia general al uso nos ha ofrecido sobre la transición política desde la dictadura a un régimen constitucional democrático.